

ENRIQUE LIHN
POESÍA REUNIDA



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

ÍNDICE

Biografía literaria	9
La pieza oscura	15
Poesía de paso	61
La musiquilla de las pobres esferas	109
Al bello aparecer de este lucero	161
El Paseo Ahumada	245
La aparición de la Virgen	301
Diario de muerte	323
Índice de poemas	389

BIOGRAFÍA LITERARIA

En la reunión de esta tarde, se espera que cada uno de los invitados dé *testimonio* —la atestación o aseveración de una cosa— de su vida literaria, y no lo haga como un *testimoniero*, hazañero o hipócrita.

Esto es pedirle peras al olmo. No estoy muy seguro de que la palabra hipócrita tenga que tener siempre una connotación moral negativa. Si su primera acepción es de “fingimiento y apariencia de cualidades o sentimientos contrarios a los que verdaderamente se tienen o experimentan” —en el decir del Diccionario— entonces no hay un artista de la palabra que no sea un hipócrita, por lo menos, un mentiroso.

Un sacerdote digno de fe —Henri Bremond— decía: “La poesía es hermana carnal del humor, en todo poeta dormita un mistificador. Desgracia para él y para nosotros si no despierta jamás”. Y Oscar Wilde: “El arte comienza solo con la trasposición y digamos también, la *hipocresía* (no asigno ningún sentido desfavorable a la palabra”. Agregaba que la voluntad de agradar —que puede ser también, a la inversa, la de desagradar y provocar— es congénita a la especie literaria.

Acotaba a ello Thibaudet: “La República de las Letras ha nacido con los sofistas y los retóricos, ella ha conservado siempre algo de sus orígenes”. Una filiación de este tipo se le puede imputar también a los hombres públicos: políticos, apolíticos, legisladores, jueces y —¿por qué no?— sacerdotes.

Pero tengo que limitar cómodamente el tema a mí mismo. Y empiezo por decir, entonces, que no se esperen de mí las presuntas verdades —objeto de supuestas atestaciones y aseveraciones propias de otras gentes y otros oficios—, que se conviene en considerar menos personales y más importantes que el oficio de las letras: las llamadas verdades no me interesan por sí mismas, y hay perfecciones lógicas que, como los sueños de la razón, producen monstruos.

El testimonio más completo, afirmación de mi trabajo y alegato en su favor, que he dado, se encuentra en *Conversaciones con Enrique Lihn* de Pedro Lastra, un libro de 300 páginas o más, que no es, precisamente, de conversaciones, y cuyo doble autor somos Pedro y yo.

Es un libro que escribimos en Nueva York y en Santiago de Chile para la editorial de la Universidad de Veracruz, México (y cuyos ejemplares parecen haberse hundido en la noche de los tiempos) en los años 78 y 79.

Doble o triple simulación: los autores son dos; las conversaciones se realizaron frente a la máquina de escribir, pero tampoco son, en propiedad, trabajos escritos; constituyen el sedimento, la duplicación, la ampliación y la recreación de muchas conversaciones reales o imaginarias que hemos sostenido, Pedro y yo, a lo largo de veinticinco años. El título del libro responde, pues, a la cierta necesidad de verdad que no puede disociarse del simulacro que conlleva. Esta especie de reportaje no es tal sino, hasta cierto punto, una obra literaria del género llamemos conversaciones, y, por lo tanto, un ejemplo mínimo, pero muy próximo, de mistificaciones.

Si se actuara con un criterio meramente estadístico, consultado a todos los llamados escritores existentes acerca, por ejemplo, de la función de la literatura en la sociedad o pidiéndole su opinión, como lo hace el suplemento de *El Mercurio*, sobre los “granados”, los antipáticos o los “guapetones”, el resultado de esta investigación sería el caos; como si se mezclaran piezas de diferentes rompecabezas, incapaces de engranar unas con otras y formar un diseño coherente.

Si yo hablo de mi emplazamiento en el campo cultural o literario chileno, de mis afinidades o diferencias con otros autores, de mis hazañas (como el *testimoniero*) lo hago a sabiendas de que, desde la primera palabra que diga, surgirá la diferencia con los testigos interesados de mi testimonio, afectados o no. Y que, por lo tanto, es bueno reconocer en seguida la relatividad del propio punto de vista (“Todo punto de vista —decía Valéry— es falso”).

No disponemos los escritores de una ciencia tan inefable o infalible como la que se atribuyen los cultores de las así llamadas ciencias humanas, que incluyen la equivocación como uno de sus momentos justificables u olvidables. Un escritor que rinde testimonio, lo hace de la *diferencia* que intenta establecer (no siempre con éxito) y en la que intenta establecerse dentro de “un panorama literario” del que hace la cartografía a su manera. Tendrá éxito si resulta coherente para él y para sus amigos literarios (no confundir, necesariamente, este tipo de amistad con el compadrazgo). Los demás dirán que es un imbécil. Pero los más serán quienes intenten sacar alguna conclusión de los distintos puntos de vista, sin adoptar ninguno.

Nací a la literatura y a la pintura en los últimos bancos de una segunda preparatoria, en el Liceo Alemán, hacia 1941 (en medio de la lejanísima Segunda Guerra Mundial o bien antes). Sí, antes: mis primeras fabulaciones escritas datan del kindergarten. La cronología es poco interesante. Creo que empecé a escribir, en el amplio sentido de la palabra, como un medio, que resultó exitoso, de hacerme presente “en segundo grado”, en medio de una cierta realidad que ponía en evidencia ante mis propios ojos mi

insuficiencia para manipularla, mi precariedad. El arte —llamémoslo así— fue una segunda presencia y un instrumento de trabajo conmigo mismo y con los demás. El arte y la vida se identifican en una suerte de ofensiva-defensiva semejante a la que efectúan involuntariamente, en el dominio del mimetismo, determinadas especies animales; y voluntariamente (así habrá que creerlo) el hombre, en el dominio del disfraz: una apariencia suntuaria destinada a la intimidación o a la seducción y/o, como la retórica, en primera instancia, a la persuasión.

El arte, en tal sentido, me invistió, de niño, de una pequeña hiperpersonalidad que compensaba las debilidades de mi carácter, y ya a los diez años tenía detractores y seguidores. Era, como lo es todo escritor y todo político, una figura pública, y eso independientemente del éxito que se alcance en uno u otro de estos campos. Entré a la Escuela de Bellas Artes (U. de Chile) cuando no tenía más de trece años, creo que en 1942; suspendí mis estudios secundarios por algunos años y, luego, por consiguiente, hice un triste papel en los exámenes finales. Soy en la actualidad, sin duda, uno de los profesores que obtuvo notas más bajas en sus años de liceo. Me lo recordó cierto señor en verso, a raíz de un poema que publiqué en octubre del 70 (ver en *Derechos de autor*) sobre mis experiencias en el *Verbo Divino*, congregación a la que pertenece el Liceo Alemán. El despotismo mío contra ese colegio pudo ser excesivo e hirió la sensibilidad de un alumno modelo del mismo, con justa razón de su parte. Escribió un poema-respuesta, en que decía, entre otras cosas: “No te perdono las malas calificaciones en conducta en 1942 / porque no fueron desencadenadas por la rebeldía / sino por la impavidez y el odio”.

No es el momento para seguir esta polémica. Prefiero decir que primero Dostoievski y luego Kafka verificaron una cierta disyuntiva entre el arte y el crimen. A mi modo de ver, si el arte debe ser algo o mucho más que un movimiento de agresividad (y también la superación de ese impulso) lo incluye necesariamente. Las obras que no se inscriben en ese movimiento, el cual de alguna manera las origina, son para mí difíciles de comprender. El arte, que altera la realidad y, hasta cierto punto, la cambia, es una forma —la más sutil— de violencia.

Mi costumbre de hacer poesía nació mezclada, en Bellas Artes, con la práctica de otros géneros: el cuento, la novela, el ensayo crítico. Todas estas especies pertenecen para mí a un género que las contiene a todas y que, a veces, puede manifestarse por sí mismo, sin intermediarios: *el discurso literario*. La instancia crítica es para mí inmanente a la literatura. Crítica de la sociedad, crítica de la cultura y, en último término, crítica de la realidad.